

TADEO

EL PEQUEÑO ASTRONAUTA

Autor: Hipatia

Como todas las mañanas Tadeo se levantaba temprano y contento, con su casco de astronauta, a esperar a Perla. Martina, una ancianita octogenaria, con traje intergaláctico, era quien hacía posible el encuentro entre la visitante alienígena de cuarenta y ocho años, del planeta Skydón, y el niño de sólo tres, precisamente al abrir la puerta de su nave espacial. – Perla, hija, que bueno que vienes a visitar a Tadeo en nuestra vieja nave, ahora que hemos alunizado en Odesa. ¡Que Dios te bendiga!-.

-Gracias Doña Martina. ¡Tadeo! ¡Que bonito te ves! ¿Estás listo para iniciar nuestro viaje y explorar nuevos mundos?-. Y mientras Perla le comparte sus planes al pequeño astronauta, lo toma del brazo y lo sienta junto a ella en la cabina de pilotos. Tadeo aún no sabe hablar, pero le responde con su mirada brillante, su franca sonrisa y le dice que está preparado con una señal de manos que Perla le ha enseñado.

-¡Abróchate los cinturones y despeguemos Tadeo!-. La nave entonces quema el combustible y se lanza al espacio a gran velocidad, mientras el pequeñito mira feliz por la ventana y observa asteroides azules, lunas rojas y estrellas plateadas. Durante el recorrido, Tadeo se da cuenta de que niños de otras galaxias visitan su astronave y eso lo pone feliz. Sabe que mientras Perla está al volante, él puede jugar y dibujar un rato con sus amigos y sabe también que comerá con ellos la comida que Martina ha preparado.

-Tadeo, ¿Qué tal está la comida? ¿il cibo è buono?-. Y Tadeo entiende la frase en italiano que Perla la ha enseñado y responde con sus manitas y sus deditos juntos, que elocuentemente dicen ¡buono!

-Tadeo, te voy a contar de Maika y Matías, unos niños muy simpáticos que conozco y que juegan con dinosaurios. ¿Si quieres que te cuente?-. Tadeo asiente con su cabecita y presta atención mirando fijamente a Perla.

-Pues bien, Matías es un poco más grande que tú, tiene siete años y ya se sabe todos los nombres de estos reptiles prehistóricos. En una máquina del tiempo, Matías ha podido viajar al pasado y se ha subido a velociraptors, pterosaurios, iguanodontes, braquiosaurios y al mismísimo Tiranosaurio Rex. Realmente Matías es muy valiente y veloz, ya que a veces corre a la velocidad de la luz.-. Mientras Perla le cuenta, Tadeo se imagina esos lugares extraordinarios donde vive, corre y juega Matías y ya quiere que sea su amigo.

-De Maikita te puedo decir que casi cumple nueve, es una niña muy buena y con muchos amigos, que estudia y hace su tarea, se come toda su comida y que hace bromas chistosas para que los demás siempre rían y estén contentos. ¿A ti te gusta reír Tadeo?- . Y Tadeo sonrío de oreja a oreja, pensando que Maika puede ser su amiguita también y que quisiera invitarla a su nave espacial.

-Tadeo, ¿quieres conocer el cometa Lanterna donde vive Alexia?-. Es tan chiquito Tadeo, que apenas se percibe el movimiento de sus hombros al querer decir ¡vamos! -Vamos entonces, giremos a la derecha, pasemos entre los anillos de Saturno y luego a la izquierda, hasta llegar a Neptuno. Y ahí, cerquita, a dos cuerdas, pasa el cometa. Déjame te cuento que Alexia ya casi cumple dieciocho, es muy inteligente y tiene muchos sueños. Quiere ser libre, feliz y conocer muchos mundos. Además, a Alexia le gusta cantar. ¿A ti te gusta cantar Tadeo?-.

A Tadeo no le gustaba mucho cantar, pero sí bailar cuando Perla le ponía música de cumbia y se emocionaba bastante con las historias de Maika, Matías y Alexia. Para él, ellos representaban la amistad, la confianza, la valentía y el futuro. O al menos así lo percibía él. Y sentía que Perla era el cariño viviente.

Tadeo realmente disfrutaba los viajes al cosmos con Perla porque ella nunca le soltaba la mano y le platicaba cuentos e historias fantásticas. A Tadeo le gustaba su mundo. Con ella descubría meteoritos y se daba cuenta también que en algunos planetas cerca de Odesa vivían niños de su edad, pero más altos y de otro color, que vivían muy bien, que nunca estaban tristes y que no se preocupaban por nada. Esos niños eran algo diferentes a él. Sin embargo, él estaba conforme con su nave intergaláctica porque era como una cápsula de seguridad que Martina vigilaba y cuidaba. A sus tres añitos, esto pensaba Tadeo. Éste, sin duda, era el mundo de Tadeo.

Una mañana, Tadeo ya no tenía tres años. Tadeo despertó y ahora tenía cuatro, y observó las cosas de manera distinta. Esa mañana Perla no pudo llegar y todo cambió. La nave no zarpó. Y así durante varios días Perla no apareció. Tadeo pensaba que ella estaba buscando el combustible de la nave, ¿qué otra explicación podría haber? El combustible se acabó, le decía Martina, pero Perla en realidad ya no pudo llegar nunca más por que tuvo que trabajar muy, muy lejos de ahí. Por las prisas, ella le dejó una pequeña cartita a Tadeo diciéndole: -Te quiero, estaré en otros mundos y acá te espero-.

Tadeo abrió los ojos, puso más atención y tomó nota de que no había asteroides, lunas, ni estrellas de colores como antes las veía. Ya sin casco de astronauta, sólo vio, al despertar, a la viejita Martina cansada con sus ropas más antiguas que ella misma. Vio a sus amiguitos llegar de la mano de sus papás o mamás, y que al acabarse el día y meterse el sol, se regresaban y se iban nuevamente contentos con sus padres. Uno a uno, Tadeo veía como pasaban por todos ellos ... pero no por él. Nadie pasaba por Tadeo, y él se seguía quedando solito.

No es que antes fuera distinto, pero antes él se ponía feliz al viajar en su nave que ahora entendía que era de ilusión y ensueño. Antes lloraba poquito todas las noches al quedarse en su cuarto de muchas camas vacías, solo él y Martina en la "nave espacial". Pero se ponía contento al despertar, imaginar y realmente vivir un

nuevo viaje galáctico con Perla al volante. Los niños de afuera, que veía distintos, efectivamente no eran como él. Ellos eran blancos, con cabello y ojos claros, con juguetes caros, con la felicidad que te da un hogar y la comodidad que brinda el dinero. Tadeo era chiquito, delgadito, moreno, ojos rasgados y pelitos negros y parados.

Ahora adivinaba, poco a poco, que el lugar donde vivía era un antiguo orfanatorio, "Hogar en el Cielo", en la Colonia Condesa, y no la Luna Odesa, ni tampoco una nave que viajaba por un camino interminable. Ahora comprendía que Martina era la monjita que lo cuidaba, junto con otras madres superiores, y que Perla, su gran compañera y visitante del planeta Skydón, había sido una voluntaria y vecina de la Colonia Escandón. Pero ya no estaba Perla para contarle historias. La cabina de pilotos ahora era una banca vacía de madera.

Hoy Tadeo estaba solo, sabiéndose un niño abandonado por sus padres y aferrándose a lo que imaginaba y recordaba de Matías, Maika, Alexia y Perla. Hoy a sus cuatro añitos, Tadeo lloraba de noche y también de día, en una cápsula de seguridad inexistente, en la desventaja total respecto a los otros niños que vivían cruzando la calle de su casa, pero que eran totalmente ajenos e indiferentes a su mundo.

Hoy a sus cuatro añotes, la vida le rompía el corazón a Tadeo, le robaba su niñez feliz y le exigía ser adulto. Hoy a sus cuatro añitos Tadeo se aferraba y buscaba a toda costa encontrar su astronave para que lo llevara a encontrar nuevamente la amistad, la confianza, el cariño y el futuro. A diferencia de otros, Tadeo tendrá que luchar y pelear por ello. ¿Qué pasará? Seguramente Tadeo se subirá a una nueva nave espacial. Tiene todo el derecho. Quizás más que otros. - ¿Cómo estará tu vida Tadeo? ¡Buono! Dirá.

Por lo pronto, esta tarde-noche, Tadeo se regresa con Martina a su habitación, con profunda e infinita tristeza en sus ojos.